

dixit illi : Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quae suxisti. At ille dixit : Quinimò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que lo que excita mas el amor y la devocion á una persona es el mérito, la gratitud y el poder. La basa, por decirlo así, de la devocion que se profesa á los santos, es el concepto que se forma de sus virtudes, la experiencia de lo mucho que pueden con Dios, el conocimiento de su inclinacion á hacernos bien, y la memoria de las gracias y beneficios que se han recibido por su intercesion. Admiramos sus virtudes, veneramos y respetamos su poder; en esto, y singularmente en su caridad con los que están unidos á ellos con una misma union, fundamos nuestra confianza. Pues ahora, entre todos los santos que están en la patria celestial, ¿cuál de ellos tuvo mas sublime santidad, cuál tiene mas poder con Dios, ni de quién hemos recibido tantos beneficios como de la santísima Virgen? Mas pura, mas santa, mas perfecta desde el primer instante de su vida que todos los santos juntos en la hora de la muerte. ¿Qué trono hay en el cielo mas elevado que el suyo, superior al de todos los espíritus bienaventurados? Solo el trono de Dios es superior al trono de María. ¿Pues qué honores, mi Dios, qué homenajes no se le deben tributar? ¿cuánto respeto, cuánta devocion, cuánto culto le debemos rendir! Es la Madre de Dios, la Reina del

cielo, la Soberana del universo, la Emperatriz de los ángeles y de los hombres; no debemos, pues, admirarnos de que la veneracion, la ternura y la sólida devocion á la Madre de Dios haya comenzado, por decirlo así, con la misma Iglesia. ¿Qué veneracion tan profunda, qué devocion tan tierna (dice san Ildelfonso) profesaron los apóstoles á la Madre del Salvador! Por satisfacer á la devota curiosidad de los primeros cristianos hizo san Lucas tantos retratos de la Virgen. Aseguran algunos autores que, aun viviendo esta Señora, le consagraron los fieles muchas capillas y oratorios. ¿Con qué elocuencia y con qué zelo predicaron á los fieles las grandezas de María todos los padres de los primeros siglos, exhortándolos á una viva confianza en su poderosa proteccion! ¿Qué consuelo, Virgen santa (exclama san Epifanio) el de estar consagrados á vos desde nuestra tierna infancia! ¿qué dicha la de vivir á la sombra de vuestro patrocinio! Amemos á María (dice san Bernardo), amémosla con la mayor ternura; jamás se desprenda de nuestros labios su dulcísimo nombre; esté perpetuamente grabado en nuestro corazon. ¡Oh, y qué copioso manantial de gracias es la devocion á la Virgen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, si las grandezas de María, si su eminente, su incomparable santidad excitan nuestra veneracion, y exigen todos nuestros respetos; el gran poder que tiene con Dios, y el amor de madre con que mira á todos los hombres, merecen bien toda nuestra confianza. Acércase al trono de Dios, dice san Pedro Damiano, no como sierva que pide, sino como soberana que intercede: *Domina, non ancilla*; y aquel Hijo todopoderoso, que se deja obligar de las lágrimas de los mayores pecadores, ¿podrá negar cosa alguna á la intercesion de su divina Madre?

? Puede uno ser verdadero siervo de la Madre, puede llevar su librea, y ser mal recibido del Hijo? Siendo, como dicen los padres, la dispensadora ó repartidora de las gracias del Redentor, es preciso que tengan particular derecho á estas gracias los que están en su servicio. Cristo, dicen los mismos padres, es la fuente de las gracias; María es el canal por donde se derivan á nosotros. Basta estar en el servicio de un grande, basta llevar su librea, para tener parte en sus favores, para gozar de los privilegios de su casa, correspondientes á su clase y nacimiento. ¿Pues quién podrá dudar de la proteccion de María, si tiene la dicha de ser devoto suyo? Ninguno duda de su poder; tampoco se puede dudar de su bondad y de su beneficencia. Estremécese todo el infierno al solo nombre de María; nada le irrita mas que el ver á los fieles alistarse en su servicio y profesarle una tierna devocion; pero esto mismo debe excitar nuestro amor, nuestra confianza y nuestro zelo. Es señal de reprobacion el mirar á esta Señora con frialdad, ó con indiferencia. No hay mas dulce consuelo, no hay dicha mayor, ni mas llena, que profesarle una constante devocion y una perfecta confianza. ¿Qué hay que temer, una vez que la Madre de Dios nos tome bajo su proteccion? Si nos guía esta estrella de la mañana, no nos desaminaremos; somos pecadores, es nuestro refugio; estamos afligidos, es nuestro consuelo. Llena está la vida de escollos y de peligros; mas no hay que temerlos con la asistencia de esta Protectora: es formidable la muerte; pero en aquella hora tan critica estará lleno de aliento y de confianza un verdadero devoto de la Madre de Dios.

¡Ah, Señor, y cuánto es mi dolor de haber tenido hasta aquí tan poco zelo, tan poco amor y tan poca devocion á vuestra divina Madre! y si algun tiempo hice profesion de honrarla, y de contarme en el nú-

mero de sus hijos, ¿qué muestras di de mi alistamiento y de mi ternura? No me desecheis, Madre de misericordia, pues quiero consagrarme de nuevo á vuestro servicio; quiero llevar vuestra librea; alcanzadme gracia para sostener con la inocencia y con la pureza de costumbres la pública profesion que voy á hacer de estar alistado en el número de vuestros devotos siervos.

JACULATORIAS.

Mater misericordiae, vita, dulcedo, spes nostra, salve.
Eccles.

Dios te salve, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata: da mihi virtutem contra hostes tuos. Eccles.

Dignaos, Virgen sacratísima, aceptar las alabanzas que quiero tributaros, y dadme valor para oponerme á vuestros enemigos.

PROPOSITOS.

1. Es cierto que honramos á la santísima Virgen con aquellos interiores afectos de amor y de respeto, que están como grabados en nuestros corazones hácia sus virtudes y hácia su persona; pero no es menos cierto que, cuando estos afectos se manifiestan hácia afuera, es tanto mayor su gloria, cuanto es mayor el número de los testigos á cuyos ojos se descubre nuestro zelo por su santo servicio; y como esta Señora es mas agradecida de lo que se puede explicar, dobla á proporcion su ternura y su liberalidad. En esto logran una gran ventaja los cofrades del escapulario sobre otros devotos de la Virgen; pues como su declaracion por el servicio de la Virgen parece no puede ser mas pública que llevando su librea, tambien parece queda la misma Señora mas obligada á decla-

rarse en su favor cuando se ofrecen ocasiones de protegerlos. Estima tu fortuna, y reconoce tu dicha, si tienes la de traer su escapulario y estar alistado en esta santa cofradía. Si no la tienes, no pierdas tiempo, y solícitala cuanto antes. Todos, sean del estado que fueren, pueden ser admitidos en ella; pues con ningunas otras son incompatibles sus obligaciones. No te contentes con lograr tú solo esta dicha, solicita que logren la misma tus hijos y tus criados; lo que para ti y para toda tu casa será un manantial perenne de felicidades.

2. Es error muy pernicioso lisonjearse de ser verdadero devoto de María, mientras se está en desgracia de su Hijo. A la verdad, la devoción á la santísima Virgen es un medio muy poderoso para conseguir la gracia de la conversión; pero es preciso no poner estorbos á esta gracia, es menester que la inocencia y la pureza de costumbres prueben la devoción á esta Señora. Querer ser su devoto y ser pecador, es contradicción. No es menos una ilusión persuadirse que por haber ayunado una vez, ó comulgado en una de sus fiestas, estamos ya muy introducidos en su gracia, y que no se nos pueden cerrar las puertas del paraíso. Las obligaciones de los que traen el escapulario son fáciles y ligeras, pero son obligaciones; y así nunca te dispenses en ellas. Reza todos los días siete Padre nuestros y siete Ave Marías, como tributo que deben pagar todos los que traen esta piadosa librea; comulga todas las festividades de la Virgen, y los sábados hazle algun obsequio particular, como ayunar en ellos, ó cosa equivalente. Da todos los años algun público testimonio de tu amor á tu divina Protectora; renuévale todos los meses, todas las semanas y aun todos los días, ya rezándole regularmente el santo rosario, ya su Oficio Parvo, ó á lo menos el de su inmaculada Concepción. Muchos cofrades comen de

vigilia todos los miércoles; otros, en lugar de esta abstinencia, dan alguna buena limosna, ó rezan el rosario entero. En fin, no se te pase día sin honrar el santo escapulario con alguna devoción ó mortificación.

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ.

Siempre ha mostrado Dios su bondad y omnipotencia en favor de aquellos que con sumisión y corazón puro adoran su santo nombre. Los israelitas, aquel pueblo elegido de Dios entre todas las naciones, vieron muchas veces el poderoso auxilio de este Señor, que con repetidos prodigios hacia ver á las naciones que era el Dios de los ejércitos y el Dios de las venganzas. Pero entre todas las naciones del mundo, así como apenas hay una que haya padecido tan continuas y tan sangrientas persecuciones de bárbaros como la nación española, así tambien sería difícil hallar otra en quien se haya manifestado el brazo de Dios mas benéfico para los suyos, y mas terrible para los enemigos de su santa religion y adorable nombre. Entre los muchos ejemplares que puede producir España en confirmación de esta verdad, merece un lugar muy distinguido en la memoria y estimación de los españoles el que dió ocasión á la solemnidad de este día, solemnidad que llena de regocijo á toda España, y ensalza la gloria de aquel árbol sagrado en que se obró la redención del linaje humano. Su historia, segun consta de los monumentos antiguos de mayor veracidad, es como se sigue.

Por los años del Señor de 1210 estaban las cosas de España dispuestas de tal manera, que dos reyes de los principales que dominaban en ella, el uno